

2019-04-01

Quemar las naves y apostar los restos: una llamada a la utopía y la esperanza

Hno. Carlos Gabriel Gómez Restrepo FSC
Universidad de La Salle, Bogotá, carlosgomez@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Gómez Restrepo, H. G. (2019). Quemar las naves y apostar los restos: una llamada a la utopía y la esperanza. *Revista de la Universidad de La Salle*, (80), 13-34.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Quemar las naves y apostar los restos: una llamada a la utopía y la esperanza*



Hno. Carlos Gabriel Gómez Restrepo, FSC**

■ Resumen

En el marco de la celebración del tricentenario de la Pascua de san Juan Bautista de La Salle, el Congreso Mundial de Educación Lasallista —realizado en la Universidad de La Salle de la Ciudad de México, del 14 al 16 de marzo de 2019— convocó a un significativo grupo de académicos lasallistas de todas las regiones, en torno a la agenda educativa global y a las implicaciones de la educación lasallista para el siglo XXI. Este texto recoge la ponencia magistral presentada por el autor¹ y parte de una convicción: la realidad del mundo desafía la misión educativa lasallista y genera nuevos contextos en los que debemos repensar los valores fundamentales de nuestra tradición, así como la urgencia de revisar nuestras propuestas educativas.

* Ponencia presentada en el Congreso Mundial de Educación Lasallista, celebrado del 14 al 16 de marzo del 2019 en la Universidad La Salle de la Ciudad de México.

** Doctor en educación de Saint Mary's University of Minnesota (Estados Unidos). Magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia). Licenciado en educación de la Universidad de La Salle de Bogotá (Colombia). Visitador del Distrito Lasallista de Bogotá. Presidente del Consejo Superior de la Universidad de La Salle de Bogotá (Colombia). Correo electrónico: carlosgomez@lasalle.edu.co.

¹ Una primera edición digital de esta ponencia se encuentra en las Memorias del Congreso Mundial de Educación Lasallista, publicada por Parmenia Digital (México), en mayo de 2019, bajo el sello De La Salle Ediciones y con la dirección editorial de Manuel Javier Amaro Barriga. El texto en referencia se encuentra disponible en español (pp. 115-127), francés (pp. 129-142) e inglés (pp. 143-154), y se encuentra disponible en: <https://editorialparmenia.com.mx/pub/media/wysiwyg/pdf/CMEL300%20%20ICLE300%20%202019.pdf>.

Palabras clave: Congreso Mundial de Educación Lasallista, misión educativa lasallista, educación para los pobres

Qué gran honor y responsabilidad poder dirigirme a ustedes en el Congreso Mundial de Educación Lasallista, celebrado con ocasión del Tricentenario de la Pascua de san Juan Bautista de La Salle en tierras de América Latina, en las que México no solo nos recibe con su legendaria hospitalidad y belleza desmesurada, sino también con una realidad riquísima de culturas, mestizajes, búsquedas y luchas.

La historia latinoamericana manifiesta las esperanzas y los dolores de pueblos que han defendido sus tradiciones, pero abiertos al mundo, con una identidad propia caracterizada fundamentalmente por su generosidad, su vivencia sincera de un cristianismo vibrante, un ambiente social marcado por la inequidad y la exclusión, realidades políticas que van desde las democracias más o menos respetuosas de los derechos hasta los gobiernos totalitarios y déspotas, sistemas educativos que reflejan la inequidad social, lo que representa el cierre de oportunidades para muchos de nuestros niños y jóvenes, además de la replicación de sistemas sociales excluyentes e injustos.

Más allá de las dificultades, el pueblo latinoamericano también se caracteriza por la alegría que contagia, el color que impacta la mirada, la música que atrae con sus sonos, la solidaridad que comparte con gratuidad, la hospitalidad que acoge con calidez, la variedad que expresa su riqueza, la confianza en Dios que comunica fe, la esperanza que alimenta las luchas, los sabores que acarician el paladar, la fraternidad que nos hermana y la fertilidad que presagia la realización de los sueños y el florecimiento de utopías y mejores tiempos.

Compartimos con el mundo entero procesos sociales vertiginosos, porque las migraciones están cambiando las sociedades, las disrupciones tecnológicas han transformado nuestra manera de vivir, el consumismo depredador ha cambiado el paisaje natural y amenaza la supervivencia, las dinámicas políticas han

resquebrajado la democracia, la biotecnología ha alterado los conceptos de la vida y de la muerte, el quiebre de los megarelatos ha sacudido las religiones y los sistemas éticos, y la llegada de la cuarta etapa de la Revolución industrial o, mejor, la primera de la era digital, ha mostrado la incapacidad del Estado nación para regularla o gobernarla. Así, lo permanente es el cambio y la incertidumbre es su característica.

Hemos de vivir estos tiempos como herederos de una tradición tricentenaria que nos une y convoca a pensar la educación para las nuevas generaciones en las turbulencias del presente y los retos de ser significativos para los niños y jóvenes actuales. Sin embargo, es claro que una tradición está muerta si no logramos actualizarla y releerla con las nuevas realidades en desafiantes lugares. Sería anacrónico trasladar los métodos y procesos de entonces sin mediarlos con una contextualización y una reflexión que permitan encontrar cómo los valores fundamentales e intuiciones primigenias pueden iluminar el actuar en el presente. Resulta apasionante hacerlo, pero no como disquisiciones intelectuales, sino como oportunidades para crear, arriesgar, decidir y actuar.

Hace cinco siglos, en estas tierras mexicanas Hernán Cortés entendió que no iba a lograr su objetivo si no se jugaba el todo por el todo. Entonces, emuló a Alejandro Magno en la conquista de la costa fenicia. Ante la insistencia de sus huéspedes para abandonar y regresar, ordenó “quemar las naves”. Así, estoy convencido de que la misión lasallista en el mundo de hoy puede ser enormemente significativa, pero también creo que son tiempos de tomar decisiones proféticas y radicales que nos hagan superar la tentación de dedicar la vida a darle cuerda al reloj sin arriesgarnos a adelantarle la hora y que nos permitan gozosamente, abandonados en las manos de Dios, quemar las naves. Sí, quemar las naves para no tener la tentación de volver atrás y permanecer en espacios de confort; no obstante, quisiera agregar, no solo quemar las naves, sino también apostar los restos, para dedicarnos con esperanza, creatividad y compromiso a responder al presente y ayudar a construir el futuro.

Sobre los tres valores fundantes del lasallismo

Una especificidad lasallista tiene que ver con un estilo, una metodología y una tradición explícita en una rica, constructiva y personalizada interrelación pedagógica, inspirada en una espiritualidad que se soporta en *la fe, la fraternidad y el celo ardiente* que, correlativamente, requieren ser resignificados para el mundo de hoy.

La fe no solo nos remite a una relación con Dios, quien actúa por el maestro en la tríada clásica de La Salle, a “no mirar nada sino con los ojos de la fe, no hacer nada sin la mira puesta en Dios, y atribuirlo todo a Dios” (FSC, 2015, p. 11), sino que genera una relación pedagógica característica y diferenciadora. Ya en Latinoamérica se releyó esta propuesta mediante los conceptos de contemplación, discernimiento y abandono (RELAL, 1981), respectivamente. Hoy, el espíritu de fe demanda varias dinámicas personales y comunitarias, coherentes en la mediación pedagógica para crear confianza en sí mismo, en el otro, en la humanidad, y poder trascender a la presencia continua de Dios, a quien podemos contemplar en la acción educativa.

Así, se da la “fe como fundamento de una esperanza que se traduce en compromiso” (Sauvage y Campos, 1977). Una fe activa, comprometida, en “salida” de la quietud de nuestras comunidades y de las zonas de confort de nuestras misiones. Fe que busca, fe que arriesga, fe que se compromete, fe que descubre a Dios en los avatares de la historia y encuentra a Jesucristo en las nuevas periferias y en los rostros de los excluidos e irrelevantes.

La fraternidad hoy adquiere connotaciones esenciales en un mundo individualista y masificado. Tengo la impresión de que la educación lasallista, aunque haya enfatizado la dimensión comunitaria, ha sido bastante narcisista. Ha insistido mucho en el triunfo personal, en el proyecto personal de vida, en las competencias que trasmudan en lo competitivo más que en lo solidario, reflejando bastante el ideal de la modernidad del hombre dueño, señor del mundo y

medida de todas las cosas. Nos preocupan demasiado los rankings, nos encantan nuestros egresados ilustres (obviamente, los exitosos en los mundos político, financiero y religioso, así hayan sido un desastre social)... así, nos hemos acercado a una deificación del individuo sobre lo comunitario y social. La fascinación por “el mejor” nos nubla la capacidad de ver los irrelevantes del camino, acaso los ciegos, heridos y cojos del Evangelio.

La fraternidad se manifiesta también por aquellos con quienes compartimos nuestra mesa y el camino: no solo en la endogamia de los que creen y piensan como nosotros, sino en aquellos que piensan distinto, que sus opciones religiosas son otras o ninguna, con quienes nos contradicen y cuestionan, pero también con quienes podemos encontrar sueños comunes. Los caminos y la innovación se encuentran con más facilidad en el ámbito del disenso que en los mundos de la autorreferencialidad y las alabanzas mutuas. A veces pienso que los lasallistas nos miramos mucho el ombligo y creemos que el mundo acaba en nuestras fronteras, pero hoy, cuando hablamos de ir “más allá de las fronteras”, esto significa también dialogar con quienes piensan diferente.

El celo ardiente se traduce en pasión, compromiso, constancia y alegría por hacer parte de la misión de “tocar corazones”, señalar horizontes, inspirar sueños y participar de los procesos educativos que abren las puertas de las oportunidades, aportan a la construcción de equidad y fortalecen la democratización de las sociedades. La alegría, el compromiso, la disponibilidad y la adhesión al proyecto común han de ser características del proyecto lasallista y, si el celo es ardiente, el fuego y la pasión han de ser nuestras enseñanzas. Aprendí de mis maestros que “un maestro triste es un triste maestro”.

Permítanme ahora hacer algunas reflexiones sobre lo que considero que son pilares fundamentales para la humanización y construcción de sociedades incluyentes y justas, en lo cual la educación tiene un papel primordial. De pronto diga alguna verdad incómoda.

La educación: pilar fundamental para la humanización y la construcción de sociedades incluyentes y justas

Opciones claras y no neutralidad

La educación lasallista no es neutra, porque hunde sus raíces en el Evangelio y en “la promoción de la dignidad humana, la solidaridad entre todos los seres humanos y el desarrollo integral y sostenible” (FSC, 2015, Regla 17). Cuando se opta por la humanización y la justicia como inspiración, insumo y resultado educativo fundamental, la neutralidad no es posible. Con frecuencia, nos gustan los proyectos asépticos, esos que no ofenden a nadie, pero tampoco inspiran a ninguno.

El origen de la misión lasallista fue fruto de una actitud intencional y deliberada, “dejarse impresionar por el desamparo humano y espiritual ‘de los hijos de los artesanos y de los pobres’”, para lo cual se renovó la escuela, con el fin de hacerla accesible a los pobres y ofrecerla a todos como signo del Reino y medio de Salvación (FSC, 2015, Regla 1). Optar significa escoger, privilegiar, preferir, distinguir y decidir; no se trata de excluir, pero sí de tener claro “que no todo vale”, que algo debe morir para que la vida se pueda manifestar plenamente y que no es posible mantener todas las cosas sin arriesgarse a transformarlas. Sin duda, nuestras opciones pasan por dimensiones esenciales desde donde se elaboran, realizan y evalúan nuestras propuestas educativas.

La no neutralidad nos remite a claridades conceptuales y vitales definidas, entre otros aspectos, por el lugar social, las poblaciones a las cuales servir, a los contextos sociopolíticos, a los modelos educativos y pedagógicos, a las aproximaciones teológico-eclesiales, a la defensa de la vida y la protección de la Tierra, a la concepción del papel de la ciencia y la tecnología, la ética de la responsabilidad y la formación para la ciudadanía. Y en estos temas no se puede ser neutral.

Podemos entender el lugar social como la posición desde donde nos ubicamos para interpretar el mundo, las relaciones humanas, los sistemas políticos, las realidades sociales y los sistemas económicos. Tiene que ver con nuestros

imaginarios de sociedad, de justicia social, de distribución de la riqueza, del problema ambiental, de la interpretación que tengamos de la ecología integral y el modelo de sociedad que comporta. El lugar social se expresa en el paradigma desde donde nos situamos para realizar nuestros proyectos educativos.

Qué importante es ser honestos en la educación para decir lo que pensamos. Obviamente, no todo el mundo tiene que pensar ni estar de acuerdo con nosotros; pero, si algo se aprende en el mundo universitario, es que el primer ejercicio de honestidad es decir lo que se piensa, porque muchas veces decimos una cosa, actuamos con otro marco y soñamos con otros elementos. Y eso se llama esquizofrenia.

Desde los orígenes, La Salle hizo opciones claras por “los hijos de los artesanos y los pobres”. En nuestra realidad actual son muchas las pobrezas y urgencias educativas, pero no resulta muy difícil encontrar las poblaciones que han de ser privilegiadas en nuestra misión. De hecho, el servicio educativo de los pobres es el que da “especificidad al Instituto” (FSC, 2015, Regla 11). No se trata de excluir a otros grupos humanos; de hecho, hacemos presencia en diversos escenarios sociales, políticos y económicos. Hace 40 años, el Instituto ya señalaba que el servicio educativo de los pobres es inseparable de la promoción de la justicia (Hermanos de las Escuelas Cristianas, 1980). Y, obvio, los pobres no son solo quienes han sido condenados a una vida que niega las condiciones de dignidad, sino los excluidos, negados y convertidos en irrelevantes (Harari, 2018), que pareciera ser una nueva categoría para definirlos.

El mundo global que tanto ilusionó al final del siglo XX con la apertura de las economías, la circulación del conocimiento y de los capitales y “la aldea global”, hoy muestra facetas que revelan que la ilusión dio paso a la decepción. Nuevos muros segregan los países, las puertas se han cerrado para los inmigrantes, la xenofobia se exagera por doquier, pueblos enteros se atrincheran en sus miedos a los “diferentes” y se radicalizan para cerrarse en endogámicas posturas que favorecen violencias, racismo y pérdida del sentido de que la historia es una sola, interconectada y común, y de que la suerte de la humanidad está en peligro.

Pareciera que los avances hacia organizaciones que compartían algo más que la economía y abrían sus fronteras estallan en pedazos. Los fantasmas de modelos nefastos vuelven a aparecer, manifestándose en brotes incontenibles de aventuras fascistoides, dictaduras y regímenes despóticos que manipulan, conculcan la libertad y condenan a pueblos enteros a la miseria.

Asimismo, tenemos que ser claros en nuestras aproximaciones teológico-ecclesiales que definen una concepción particular de Dios y de la Iglesia. Los paradigmas teológicos también se transforman. Hoy resultan complejos o, al menos diferentes, temas relativamente resueltos hace pocas décadas, como el papel de lo religioso en la vida social, la relación del ser humano con la trascendencia, la Salvación y la búsqueda espiritual más allá de lo religioso. El entendimiento del rol de la Iglesia en un mundo plural y de los creyentes al interior de la Iglesia son temas importantes que determinan los procesos evangelizadores y catequísticos, dado que un número muy significativo de lasallistas, estudiantes y profesores, pertenece a otras denominaciones cristianas, diferentes credos y tradiciones religiosas, o viven una espiritualidad muy personal sin afiliaciones. Esta indudable riqueza supone desafíos relevantes, como la lasallianidad en el ecumenismo, la libertad religiosa y la interculturalidad.

Las preguntas que se suscitan son necesarias de contemplar y pasan por el sentido de la evangelización, la catequesis, el estudio de las tradiciones religiosas, la comunicación de valores comunes, la presentación o predicación de Jesucristo y el misterio de la Iglesia. En el caso de los católicos, estamos los Hermanos —religiosos laicos—, que, en definitiva, tenemos que renunciar a cualquier forma de clericalismo, tan común en nuestra Iglesia y tan tentador, curiosamente entre grupos importantes de Hermanos que añoran los “buenos viejos tiempos” de una Iglesia en la que lo jerárquico se imponía sobre la concepción de la Iglesia peregrina fundada en el servicio y no en el poder, en un modelo que relativiza el seguimiento de Jesucristo y la pasión por los hombres y mujeres de todo tiempo y cultura —más allá de su afiliación religiosa—, sustituyéndolo por las prácticas litúrgicas asfixiantes y el anhelo de los “primeros puestos”.

Felizmente, surge una concepción de Iglesia sinodal que rompe, por el eje, un paradigma eclesial atrincherado de jerarquías de poder, no de servicio. En este Instituto, que nació laico, cuyos miembros consagrados son religiosos laicales, que tiene una impresionante presencia laical de los asociados y colaboradores, ¿cómo podríamos entender de otra manera la Iglesia si no es en esta perspectiva sinodal? Además, si un valor fundante es la fraternidad, este también es el valor esencial de la sinodalidad: todos somos hermanos y hermanas que discernimos, no un pueblo que solo obedece.

Hacia la caracterización de lo irrenunciable en la educación lasallista

Los procesos educativos privilegian la formación del pensamiento crítico

Estamos frente a la urgencia inaplazable de formar para la contemplación, la interioridad y la profundidad. En pocas palabras, formar el criterio, la capacidad de análisis, la posibilidad del pensamiento crítico, de la duda que busca, de tomarse el tiempo para ingerir información, digerirla en la contemplación y la reflexión, usarla para comprender el mundo y sus relaciones, y comunicarse con un pensamiento propio, reposado y argumentado: educar para la paciencia, pedagogías para la rumia mental, educar despacio, cocer a fuego lento (Francesch, 2009).

Urge propiciar pedagogías para una lectura que suscite la discusión, que acreciente los argumentos y genere posiciones personales con opiniones informadas y conceptualización clara y precisa para enfrentar la impresionante fragmentación que implica la lectura en la web, donde, los *hyperlinks* sugieren saltar de idea en idea, de autor en autor, hasta inundar de información que no da la posibilidad de tener una idea completa y distinta de un tema. La lectura de libros completos, el análisis correspondiente y la discusión grupal son medios que ayudan a la hondura, al metaanálisis, al diálogo con el autor y a entender otras perspectivas; todas condiciones necesarias para la profundidad de pensamiento y la superación de la superficialidad que impone la fragmentación.

En este mundo globalizado, que favorece la levedad y la pérdida de la interioridad hasta la vaciedad, la educación lasallista se siente llamada a ofrecer medios que favorezcan la reflexión, la toma de conciencia y las opciones que propicien respuestas a las preguntas por el sentido de la vida. Si la superficialidad y las concepciones *light* de la vida son realidades crudas y duras, existen más asuntos para preocuparse. Vivimos bajo el imperio de la “posverdad”, en la cual los hechos objetivos le importan menos a la opinión pública que las emociones y las creencias personales.

Así, la verdad se sustituye por mentiras repetidas que exacerban los sentimientos y suscitan posiciones que desarticulan lo que se siente y piensa de lo que se dice. Se llega a la institucionalización de la mentira con ese morbo secreto en el que, en lo íntimo, se aceptan de modo acrítico decisiones políticas basadas en falacias, aunque otra cosa se proclame en el discurso. Lo grave es que ahora este mundo “líquido” empieza a ser gobernado por personas que mienten de manera abierta y resultan convincentes, que niegan lo innegable (el calentamiento global, la evolución de la vida, los derechos de las minorías), prometen lo inalcanzable y despiertan el anarquista, racista, homófobo, narcisista... que se alberga con frecuencia en nuestros corazones.

La educación lasallista es humanista y humanizadora. En defensa de las humanidades

Entiendo el humanismo como la búsqueda constante de lo profundamente humano, del sentido de los valores y de la grandeza de la relación de las personas, de la búsqueda de espacios de sentido a los que no pueden dar respuesta plena el método científico, la tecnología avasallante, la política mesiánica, el dogma acrítico, la religión a la carta o el fundamentalismo de cualquier tipo.

Pienso el humanismo como el fortalecimiento del espíritu libre, crítico, solidario con la suerte del mundo y de la historia, que trasciende las búsquedas y siempre se siente insatisfecho; que cree en las posibilidades del ser humano y en la fuerza de la humanidad en su conjunto; que disfruta la vida, busca y admira la belleza, se compromete en la consecución de comunes utópicos, más allá de

sus propios referentes inspiracionales, y se trasciende a sí mismo para tratar de encontrar en Dios la inspiración, la serenidad, la fuerza, la constancia.

Es un pleonasma decir que la tradición educativa lasallista es humanista. Nuestra apuesta formativa ha sido una búsqueda por cuidar y preservar *lo que es humano*, no entendido en un sentido reivindicativo de las lógicas excluyentes del antropocentrismo, sino, justamente, como la pregunta originaria por el fundamento mismo de la existencia. Una pregunta que se enriquece en su constante movimiento, que abre el camino, que se cuestiona por sus condiciones, posibilidades y formas de expresión. Formas que, al final, constituyen la dinámica de la educación.

La formación ética es esencial en nuestra propuesta. Tradicionalmente, hemos asumido los principios rectores del pensamiento cristiano sobre la ética; no obstante, la comprensión de la ética cristiana en los contextos en apariencia secularizados está más allá de la interpretación dogmática o autista de sus valores, en el constante despliegue efectivo de sus apuestas, es decir, en la actualización de su pertinencia en ambientes que, como nunca, son heterogéneos e, incluso, hostiles.

Sin embargo, en este camino existen tensiones cuyas visiones no son atendidas tan pragmáticamente, porque mantienen antagonismos profundos, permeados por tradiciones morales que requieren de una reconceptualización. Así, en algunas preguntas actuales la urgencia no está en buscar una reconciliación entre las tensiones, sino en establecer un diálogo que facilite su comprensión; por ejemplo, ¿cómo dialoga la protección de la vida —principio cristiano y base de derechos constitucionales— con las causas selectivas del aborto fundamentadas en actos delictivos o riesgos hacia la vida de la madre?, ¿cómo comprendemos la complejidad del valor de la justicia que, entre las relaciones civiles de derechos y deberes, y las de gratuidad, misericordia y comunión, tiene que encarar asuntos como el reconocimiento de derechos a la mujer, a comunidades marginadas o derechos conyugales a parejas del mismo sexo?

Las tensiones entre la ética cristiana y la civil están a la zaga de nuestra capacidad de comprender las posibilidades que tenemos de incidir en la construcción y el cuidado del presente y del futuro de la sociedad. Bien desde la inspiración de la fe cristiana como también de otras tradiciones religiosas: el *telos*, que es el testimonio de lo divino en sus criterios orientadores de la acción moral, o el amplio crédito al desarrollo de la técnica que ofrece como *telos* la innovación ilimitada de la tecnología en la era de la globalización, aspectos como la humanización de la justicia, el compromiso con la responsabilidad social y política, el cuidado de los derechos y la promoción de los deberes serán raíces éticas y espirituales para establecer un diálogo sólido sobre las contradicciones que surgen de las acciones humanas.

Estos temas son muy sensibles para la educación lasallista, pero son mucho más críticos y angustiantes en su abordaje en la universidad, donde estas realidades no se pueden evadir ni convertir en propuestas dogmáticas. El diálogo de la fe, la ética y la razón siempre es el escenario donde se puede enriquecer la propuesta cristiana en diálogo con los contextos actuales².

Así, nuestra escuela no puede renunciar a un rol crucial: formar ciudadanos capaces de ejercer sus derechos, cumplir los deberes, defender lo público, fortalecer el tejido social, participar de los procesos democráticos, interesarse en la política y en lo político, poseer una ética cívica que se manifiesta consecuentemente en su actuar cotidiano en la probidad, solidaridad, transparencia, responsabilidad y conmiseración.

La educación es política, aunque a veces esa palabra no nos gusta. La política es la búsqueda del bien común y esto es, precisamente, lo que nos permite formar ciudadanos. No me refiero, obviamente, a militancias partidistas, la educación es política porque, ya sea estatal o privada, tiene un objetivo esencial: defender y construir lo público. Además, en cualquier lugar del mundo, la

2 No se trata de un "relativismo práctico" ni de uno "doctrinal", como lo define el papa Francisco en *Evangelii gaudium* (2013) y en *Laudato si'* (2015); por el contrario, es preciso aceptar los referentes de la ley natural y la verdad revelada, los cuales ponen en contexto las realidades sin dar "prioridad a las conveniencias circunstanciales".

escuela lasallista no puede sustraerse a estas reflexiones, a estos debates ni a estas contradicciones, lo cual no significa que estemos renunciando a la esencia de los principios cristianos. Lo que quiero decir es que en el diálogo afianzaremos los principios que van a regir nuestra vida.

La escuela que parte de ser escuela

Ser escuela es lo sustantivo. Y la escuela lasallista no puede ser ajena a la evolución impresionante de la institución escolar de las últimas décadas. La necesaria confianza se tiene que ganar por ser una escuela de calidad, que reafirme su capacidad de crear las condiciones para los actuales contextos, que enseñe a aprender y que abra posibilidades y oportunidades. Así, sus didácticas, pedagogías y metodologías también van de la mano de la teoría educativa, de las mejores prácticas, y deben responder a los sistemas evaluativos existentes en los países e internacionalmente aceptados. No se puede estar de espaldas a estas demandas actuales.

En este sentido, la educación lasallista no puede caer en la trampa de ser una propuesta aislada y “exitosa” en un autismo autorreferencial y divorciado del mundo. Ser parte de redes educativas podrá afianzar sus posibilidades, expandir sus miras, realizar proyectos comunes, vivir la catolicidad de la Iglesia y optimizar los recursos. No podemos seguir apostando a tentaciones que permiten crear o mantener escuelas y universidades exitosas en sociedades frustradas y arruinadas; ni escuelas y universidades fracasadas en sociedades que se transforman y mundos que evolucionan. En definitiva, no podemos correr el riesgo de ser instituciones afamadas en sociedades inviábiles o simplemente instituciones irrelevantes.

Calidad para todos: nunca una pobre educación para los pobres

Está claro que la opción preferencial por los pobres y el servicio educativo de los más vulnerables e irrelevantes son temas omnipresentes, cuestionadores y referentes en el quehacer de la educación lasallista. Las tensiones siguen existiendo en nuestros proyectos educativos. Por un lado, nuestra realidad de

atender numerosos grupos sociales y la opción por los pobres; por otro lado, la tensión de hacer posible la educación para los pobres y lograr la sostenibilidad financiera que permita mantener la educación de calidad.

La educación de calidad es costosa, pero no existe mejor inversión que educar con calidad. La pobre educación para los pobres fortalece los círculos viciosos que reproducen la injusticia e inequidad. Esta es una tensión o, mejor, un dilema para la educación lasallista: la pobre educación para los pobres perpetúa la pobreza. ¿Cómo sería el mundo lasallista si lográramos que los criterios de calidad de nuestras instituciones fueran aplicables a todas las escuelas, las que atienden a los más pudientes y las que atienden a los más pobres? ¿Los resultados serían comparables?

El gran desafío que surge es cómo continuar siendo un proyecto de calidad reconocida, al tiempo que incluyente y accesible a los grupos humanos más vulnerables y con menor posibilidad de acceso a la educación básica, media y superior. Lograrlo implica agenciar el equilibrio entre accesibilidad, inclusividad y sostenibilidad financiera, encontrando fuentes de financiamiento diferentes a la matrícula y gestionando proyectos y convenios con empresas y organismos gubernamentales y no gubernamentales, nacionales e internacionales. No existe mejor escenario en el que pueden converger y florecer los movimientos de egresados y amigos de La Salle: la solidaridad y la filantropía para el fortalecimiento de la calidad en el servicio educativo de los pobres.

Hacia otros horizontes

Los lasallistas tenemos que vivir procesos profundos de reencantamiento de nuestra misión. Las realidades del mundo nos instan a asumir posiciones proactivas y no reactivas, que nos deben poner en la vanguardia de la innovación educativa, de los proyectos creativos que permiten propuestas y que forman para los contextos actuales, caracterizados, entre otras cosas, por la desaparición de las fronteras y de la relativa autonomía de la física, la biología y las tecnologías digitales que han favorecido el surgimiento de la bioinformática, la

biotecnología y la infotecnología. Estas, a su vez, desafían todos los modelos y posicionamientos éticos, filosóficos, políticos, sociales e históricos.

¡Son tantas las realidades y de tan difícil comprensión! Además, se dan diferentes, dependiendo de los lugares e historias, pero, sin lugar a duda, impactan por igual la vida, las especies, el futuro. Más allá de si vivimos en la jungla o en la metrópoli, el cambio climático, la manipulación genética y el monopolio de los datos terminarán por transformar, destruir o romper los hilos de la historia en poco tiempo y sin consulta previa. De poco sirve lamentarse o añorar tiempos idos. Las eras de la historia ya no se miden por siglos sino, acaso, por décadas.

En diálogos permanentes en la sociedad plural y en el mundo secular

La propuesta lasallista, hoy presente en diversos países, modelos sociales, tradiciones religiosas, sistemas políticos y niveles educativos, tiene la responsabilidad de encontrar en el diálogo permanente la posibilidad de comunicar los valores fundantes de nuestra tradición, aunados con las competencias esenciales que demanda el mundo. No valen ni las endogamias ni la autorreferencialidad. No somos una propuesta autosuficiente, en el sentido de pensar que somos portadores de una cosmovisión a manera de relato unificador. No obstante, nuestra presencia sí tiene un gran poder de convocación y, en esta realidad, puede ser constante propiciadora de diálogos pluralistas en pro de la defensa de lo humano, del humanismo, de la misericordia, de la inclusión, de las oportunidades para todos.

De hecho, es una constatación evidente que, en nuestras instituciones educativas, abiertas a todos, se sientan personas de diferentes inspiraciones religiosas o ninguna, de diversas tradiciones culturales, profesionales, políticas y, felizmente, encuentran respeto, libertad, verdad, unión. No renunciamos a nuestra historia, por el contrario, tomamos de esta lo mejor: la persona como centro de los procesos educativos y la búsqueda de proyectos que nos unan.

Atrás quedaron los tiempos de la indoctrinación y la uniformidad, de la imposición acrítica, de la asunción inconsciente de modelos sociopolíticos que atentaban contra la humanidad y la supervivencia de lo "humano". Pienso que en un mundo plural son importantes las identidades que dialogan. Los elementos esenciales de nuestra tradición son claros y, por eso, pueden facilitar el diálogo.

La voz profética de las universidades

¿Dónde se pararán los intelectuales ante lo que se vive? ¿Hasta dónde les importará la defensa de los más vulnerables, de quienes no tienen oportunidades, de quienes sufren porque les negamos la dignidad humana? ¿Tendrán una palabra orientadora frente a la complejidad que caracteriza la realidad? Imposible hacer conjeturas; pero, sin duda, este es un tema que debe importar en la universidad lasallista y mucho, no en los idearios, sino en sus posturas, su investigación, sus publicaciones y sus prácticas, como parte de la conciencia ética de los pueblos donde está inserta.

La universidad lasallista ha crecido de forma sostenida en las últimas décadas. No es ajena a los profundos cuestionamientos que se ciernen sobre la idea de universidad. Existen varias preguntas que emergen con igual intensidad, pero que no tienen recetas ni aceptan respuestas simplistas; por ejemplo, ¿cuál es la universidad del futuro? Y, ciertamente, no estoy pensando en el siglo XXII, sino en cinco o diez años. Es evidente que muchas universidades en el mundo están cerrando las puertas o fusionándose con otras instituciones. Las grandes compañías abren "universidades corporativas" o entrenan directamente a sus funcionarios.

No obstante, la investigación es una de las funciones esenciales de la universidad. La International Association of La Salle Universities (IALU) acordó hace unos años una agenda común de temas de investigación para congregar a investigadores, grupos y proyectos conjuntos. Sin duda, los temas esenciales son los problemas alimentarios, la educación e inclusión y el ambiente. Entonces, aún es válido preguntarnos ¿cuáles son los temas de investigación que deben favorecer y comprometer a nuestros investigadores? ¿Realmente hemos

avanzado en una nueva perspectiva de la internacionalización, más allá de tratar de tener estudiantes internacionales? La internacionalización de una universidad se define por su capacidad de mirar y entender el mundo y la globalidad, y de hacer propuestas consecuentes, no por el reclutamiento de jóvenes que vengan allende los mares y continentes o salgan a vivir experiencias académicas en otros lugares y culturas.

Tengo la convicción de que las universidades lasallistas pueden ayudar a dar pistas si, de verdad, nos hacemos las preguntas correctas y pertinentes. No se trata de sobrevivir, sino de crear, de entender que algo tiene que morir para que algo pueda nacer.

A mis Hermanos

Quiero decir unas palabras a mis Hermanos, quienes de manera pública hemos hecho votos de comprometer nuestras vidas “enteramente”, “juntos y por asociación al servicio educativo de los pobres” (FSC, 2015, Regla 25). En estos años fértiles, felizmente hemos entendido que la misión es compartida y, también, como nos lo dice la Regla 157, que somos “corazón, memoria y garantía” (FSC, 2015).

No importa la edad para vivir procesos de reencantamiento (Rodríguez, 2004). Lo que cuenta es la disposición real para volver a empezar, para renovar la fe en la promesa del buen Dios, para aprehender la esperanza que emana de poner la confianza en Aquel que nos ha amado primero, para reencender el fuego de la caridad y la misericordia.

¿Acaso algún día no cerramos los ojos y salimos tras Jesús en el camino de La Salle? ¿Acaso no fue con absoluta sinceridad como nos vinimos dispuestos a todo? ¿Acaso no sublimamos otras posibilidades y oportunidades por experimentar el gozo de una misión arriesgada? ¿Acaso no renunciamos a amores prometedores y empresas posiblemente más lucrativas? ¿Acaso no nos arrodillamos un día, con libertad, para consagrar nuestra vida “enteramente” con otros y en asociación para el servicio educativo de los pobres?

En el camino encontramos espinas, maledicencias, dificultades, traiciones, abrojos, caídas. Nunca se nos dijo que iba a ser fácil; si así hubiera sido, habríamos tomado el camino equivocado. La vida consagrada siempre ha sido concebida como la vanguardia de la misión de la Iglesia, así frecuentemente nos atrincheremos en la retaguardia.

Quienes nos precedieron en el signo de la fe fueron luchadores que lo arriesgaron todo. San Juan Bautista de La Salle fue un creador, un luchador generoso y un señalador de caminos, con el fin de hacer de la educación un espacio único para la evangelización y la transformación social. Quienes empezaron la gesta lasallista en América Latina la tenían clara, pero igual ha sucedido en todos los continentes: ayudar a construir países descuadernados por los conflictos y ayudarlos a encontrar oportunidades para valorar su riqueza geográfica y natural, crear oportunidades educativas para quienes vivían en los umbrales de la marginación, y creer en sí mismos y en sus propias posibilidades. De muchas maneras lo lograron; aunque no se han alcanzado todas las primeras intencionalidades, bien podrían seguir inspirando nuestras opciones actuales.

Son muchos los Hermanos de ayer y de hoy que han entregado la vida entera a causas educativas de manera heroica. Muchas veces, héroes anónimos han dejado una huella imperecedera y, lo más importante, no buscaron fama, pero llegaron a la grandeza. Se quedaron en el corazón de la gente: el único lugar donde un Hermano puede aspirar a estar hasta la eternidad. Llor a quienes lo siguen haciendo en las fronteras de la deshumanización, las exclusiones y la irrelevancia.

Tenemos que luchar porque haya Hermanos en todos los lugares. Todo depende de Dios y mucho de nuestro testimonio. Las vocaciones se merecen y debemos ser dignos de muchas y generosas. No podemos renunciar a vivir intensamente nuestra vocación ni a contagiar a otros de que es posible y significativo ser Hermano en este mundo fascinante que nos tocó en suerte vivir.

Conclusión. “Quemar las naves y apostar los restos: un llamado a la esperanza”

Gaudium et spes 31 (Concilio Vaticano II, 1965) termina con la frase que por tantos años nos ha alimentado y que hoy cobra una fuerza inusitada: “El porvenir de la humanidad está en las manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar”. Por otro lado, la Regla de los Hermanos expresa:

según san Juan Bautista de La Salle, ‘este Instituto es de grandísima necesidad’. Los jóvenes, los pobres, el mundo y la Iglesia necesitan del testimonio y del ministerio de los lasallistas. Haciendo de la gratuidad una característica fundamental de su fundación, La Salle invitó a los Hermanos a manifestar la gratuidad del amor de Dios. Sus discípulos, al igual que él, viven la experiencia de que el Señor no abandona ‘su obra’ sino que ‘se complace en hacerla fructificar día tras día’. Hoy, los Hermanos, con los colaboradores y asociados, desean responder de manera creativa a las necesidades educativas y espirituales de los jóvenes, especialmente de los más vulnerables. (FSC, 2015, Reglas 152 y 153)

No quisiera pasar como iconoclasta y disentir con el Fundador, pero pienso que necesita releerse. Debemos partir del principio de que el futuro no depende de nosotros y de que no somos necesarios o imprescindibles; no obstante, podemos ser inmensamente significativos, en la medida en que seamos capaces de mirar con esperanza los horizontes que se nos presentan, de esforzarnos por entender las dinámicas del mundo global y diverso de hoy, de ayudar a construir sentido, de volvernos hombres y mujeres profundos y sólidos para orientar y asumir riesgos, de proscribir la tendencia a mantener y regresar, de ser fieles al espíritu fundacional y no a las estructuras que hemos construido para otras épocas, de aceptar nuestras limitaciones, de sentirnos parte de una Iglesia ya no monopólica, sino un pueblo de Dios que camina entre luces y sombras, de sabernos “una” propuesta en medio de la diversidad y de tener la audacia de creer y crear, aun a costa de equivocarnos.

Tenemos todas las posibilidades y capacidades para ser inmensamente significativos en la educación, pensada como movilizador y transformador de la sociedad, y para los pobres, para quienes nacimos y por quienes debemos seguir luchando. Aquí encuentro nuestro futuro en muchos lugares del mundo, incluso en todos, y la oportunidad para ser fermento evangelizador en este momento de la historia. Así seremos generadores de esperanza y posibilitadores de sentido.

La esperanza solo se puede dar sobre la base de la aceptación de la realidad y de la búsqueda de una actitud proactiva que permita subvertirla. Nada más revelador de la muerte de la esperanza que el fatalismo que lleva al inmovilismo y el atrincheramiento en lenguajes y símbolos religiosos incoherentes con las dinámicas actuales, que atrapan en una religión sin consciencia o en la nostalgia y añoranza de épocas idas que instalan en el pasado. Esta esperanza va de la mano de la fe, de las convicciones, de la capacidad de creer con otros y de la pasión por generar vida.

Estos son tiempos de “jugarnos los restos” y “quemar las naves”: no hay vuelta atrás. En una realidad marcada por la socavada y extenuada credibilidad en la Iglesia-institución, por fuerzas que tiran con vigor hacia el pasado, por un Instituto que en varios lugares del mundo vive procesos acelerados de envejecimiento y poca perseverancia de los jóvenes, pero, al mismo tiempo, tiene Hermanos valientes que alimentan la esperanza más allá de sus fuerzas y seglares comprometidos y generosos que dedican apasionadamente sus vidas a la educación, por una misión que exige creatividad y propuesta, por redes de escuelas que alimentan su vitalidad en la pasión por la educación de los pobres y por pueblos que parecieran encontrar caminos hacia la superación de muchos problemas —aunque siguen marcados por la inequidad y la injusticia— es preciso dejar brillar con fervor la esperanza y apostar por utopías que vislumbren horizontes, insinúen pistas e inspiren compromisos. En pocas palabras, recuperar nuestra vocación utópica, que contesta el presente e inspira el futuro, que congrega en la esperanza y apuesta por un mundo mejor.

¿Y cómo sería este mundo si entendiéramos y comunicáramos en nuestros proyectos educativos que el desarrollo sostenible es posible, que podemos dar pasos a una conversión ecológica, que la ciencia y la tecnología pueden ser aliadas de la justicia social y de la preservación de la vida y del planeta?, ¿qué pasaría si pudiéramos contribuir con más decisión a comunicar un nuevo paradigma sobre el ser humano, la sociedad, la política, la ética? (Francisco, 2015), ¿a dónde llegaríamos si logramos testificar fehacientemente que la educación humaniza, crea personas felices, toca los corazones para crear sentido y generar solidaridad y compromiso con la justicia?, ¿cómo sería una nueva primavera lasallista si todos los aquí presentes no nos cansáramos nunca de sembrar esperanza en el corazón de cada niño y joven que educamos?, ¿qué pasaría si juntos y por asociación reafirmáramos que nuestra vida se seguirá consumiendo en la construcción de un mejor mundo posible, una utopía de paz, concordia, amor y equidad? Permítanme terminar con un verso a dos manos de dos latinoamericanos ilustres, Fernando Birri y Eduardo Galeano (2011):

La Utopía está en el horizonte.

Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá.

Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.

¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar. (p. 230)

Referencias

Concilio Vaticano II. (1965). *Gaudium et spes*. Recuperado de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Francisco. (2013). *Evangelii gaudium*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

Francisco. (2015). *Laudato si'*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francesch, J. D. (2009). *Elogio de la educación lenta*. Barcelona: Graó.

- Galeano, E. (2001). *Las palabras andantes*. Buenos Aires: Catálogos.
- Harari, Y. N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Barcelona: Debate.
- Hermanos de las Escuelas Cristianas (FSC). (1980). *El servicio educativo de los pobres y la promoción de la justicia. Circular 412*. Roma: Autor.
- Hermanos de las Escuelas Cristianas (FSC). (2015). *Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*. Roma: Autor.
- Región Latinoamericana Lasallista (RELAL). (1981). *El carisma de La Salle. Lectura desde América Latina*. Bogotá: Autor.
- Rodríguez, A. (2004). *El "encanto" de la vida consagrada*. Ponencia presentada en la sesión de clausura del Congreso Mundial de la Vida Consagrada, Roma, Italia.
- Sauvage, M. y Campos, M. (1977). *Anunciar el Evangelio a los pobres*. Lima: Bruño.